

**Mario Osses**

## **Noticiario**

**“DON ARTURO”, de Luis Durand, Zig-Zag, 1952**

Como su autor lo expresa suficientemente en el prólogo, se trata de un libro apasionado y sincero. Si obliteró el apellido es porque no hacía falta expresarlo: al protagonista le pertenece el nombre por antonomasia.

“Don Arturo” es biografía novelada a ratos y a otros historiada, donde campean muy a menudo las excelencias de una pluma que sabemos de alcurnia en menesteres narrativos y a las veces la energía estigmatizadora o la partidaria con sustancia de probados quilates.

El escritor ha puesto sin condiciones su talento al servicio de la amistad, por manera que “Don Arturo” es un panegírico y no una valoración. Hay que juzgarlo en ese terreno.

En el elogio, el ataque y la descripción, el lenguaje tórnase prieto y sensual, vigoroso y osado, certero y vívido. Las evocaciones del Santiago de comienzos de siglo son deleitables y pintorescas. El vitalismo desprejuiciado del novelista promueve la realidad en suceso, sorteando raudamente las intimidades y sale con bien de ellas trocando lo peliagudo en tierno y simpático. Es así como el lector se aproxima a un Don Arturo desde dentro, con la gama ubérrima

de las alternativas de su idiosincrasia y con el recio hechizo de una personalidad que, si puede ser discutida, no podrá dejar de admirarse.

Por instantes el arrebató lírico nos revela a un poeta en prosa de buena cepa, con tropos felices y eficientes. Si se agregan las sugerencias de las cosas, los vehículos, mercancías y pregones, prejuicios y costumbres y hasta los cantos, jolgorios y aliento —en fin— del medio en que las acciones se desarrollan, no se estará lejos de conceder más importancia a los méritos que la obra exhibe con generosidad que a los parvos defectos de orden formal que pudieran espigarsele.

“EL POEMA DE LA TARDE”, de *Félix Armando Núñez*, Editorial Nascimento, 1952

Venezolano egregio, digno de “gran ciudadanía” como don Andrés, Félix Armando Núñez es para nosotros el catedrático de más altos blasones entre sus paisanos desde lustros. Y será de largo difícil hallar en el continente inteligencia tan ajustada, sensibilidad tan aguda y pluriforme, capacidad tan devota de las profundidades... Su formación y su presencia en Chile, nos permiten ubicarlo en la plana mayor de los pensadores y poetas del país.

No es siempre fácil conseguir de los poetas que se responsabilicen de su obra, al paso que superabundan los “espontáneos” y hasta quienes bregan por que el fruto estético entre en sazón solitaria y bravíamente. Lejos de ellos, el nuestro erige la frecuencia de los grandes en imperativos, y la originalidad y el brote propios los alcanza por desmoche y disciplina de nitidez acerada.

Félix Armando Núñez ha hecho privativo el aforismo graciaresco “más obran quintas esencias que fárragos”, y es así como —al profesar arte de contornos, límite y forma —concorre a la poesía absorto de criterio, puro de discreción. No milita en grupos ni en modas, porque —ellos con sus mostrencas obligaciones y ellas con sus manerismos caedizos— mal se compadecen con la gravedad madu-